

Pereza/ diligencia.

La franja de sombra

Mónica Lavín

Encuentro entre estas dos palabras la postura de un cuerpo: el cuerpo tendido, el cuerpo de pie. Y en el tránsito de la postración a la incorporación, la zona de sombra; allí donde el cuerpo intenta vencer sus resistencias, pues lo mismo puede adherirse al mar acolchonado de la holgazanería que lograr la vertical y echar a andar. En uno y otro lado hay contundencia: se está a merced de la pereza y su letargo o se está del lado de los quehaceres. En el tránsito está el miedo; esa sensación de que podemos quedarnos para siempre en uno u otro lado: en la inopia o en el movimiento perpetuo.

Para sobrevivir a los jalones de estas dos fuerzas, ideo rituales que me permitan encarar el día y abandonar la cama: el despertador, la cita impostergable, el baño, la taza de café. Después tránsito por el error, el área penumbrosa de la batalla contra la pereza. Los minutos de indefinición pueden ser avasallantes y dejarme atontada. El cambio de plano, una victoria que me inserta al día triunfal. Una vez del lado de la diligencia, pueden sobrevenir los excesos: no parar. Entonces recorro a técnicas para detenerme y postrarme: la más tajante es enfermarme, otra es tener un sueño absoluto a horas inadecuadas, la más dulce, que unos brazos vaporicen el mundo y aligeren la fatiga, que alacien la voluntad de cumplir.

A veces me gusta retar a esa línea de sombra y sucumbir a la pereza porque en ella está el abandono, no hay pretensión alguna. Adoro la pereza, en ella es posible el juego, es en sí rebeldía, una rebeldía pasiva como la de Bartleby que “prefería no hacerlo”. En la pereza se inventa. La pereza es exquisita. Nos toma lentamente y nos convence de lo inútiles que somos para pasar al lado de la diligencia. La diligencia también es adictiva. Produce tanto placer terminar proyectos, proponerse objetivos y lograrlos: desde las pequeñas tareas a las más ambiciosas. Tachar pendientes, arreglar la casa, la persona, la salud, el auto, leer libros, escribir cartas, organizar cenas. Andar, hacer como muñecos de cuerda hipnotizados por el traqueteo

de su maquinaria. En los resortes metálicos e implacables de la diligencia también nos podemos perder. Olvidarnos del lado abullonado y quieto de la existencia.

Hay un cuadro de Miguel Ángel que me hace pensar en estos dos polos: la creación del hombre en la Capilla Sixtina. En donde Dios extiende su dedo a la figura laxa y perfecta del primer hombre recostado. Más que haber dado vida a esa criatura, Dios parece extender la mano a Adán que reposa para que se levante y actúe. La postura relajada, de voluptuoso acomodo del hombre contrasta con la severidad del dedo de Dios que llama al hacer. No es un dedo que señala o reclama, es un dedo que parece tenderse como un puente para que Adán haga. Encuentro en la cercanía de esas manos largas y fuertes, en el índice del creador hacia su criatura, el tránsito de la pereza a la diligencia. Por eso, a veces por necesidad de salir del letargo, pienso en esa figura autoritaria que me dice que debo despabilarme, que no es domingo, cuando él obliga al descanso. Otras, pienso que me haré la disimulada y no miraré ese dedo tirano para ejercer mi derecho a la pereza, aunque tema que mi indolencia me orille a quedarme para siempre apartada del mundo de los que hacen y son y pueden ser nombrados. Allí en esa tira de luz entre la mano de Adán y la de Dios está la frontera lodosa de las dos caras de la moneda. Allí está el tránsito al movimiento o el deseo por la quietud. Sólo una pequeña franja de luz en el cuadro de Buonarotti, una vasta línea de sombra con la que hay que batirse a duelo todos los días ●